

cha han gobernado en Eslovenia en varias ocasiones y lo hacen ahora en Hungría y en Polonia.

Los rasgos comunes se declinan de distinta manera en cada país. “Hay especificidades nacionales, tanto en el tipo de partidos como en las causas. En Suecia desempeñó un papel relevante la criminalidad; en Italia claramente ha sido un factor clave el que Hermanos de Italia fuera el único partido en la oposición al Gobierno de Draghi; en Francia hay la peculiaridad del importante peso relativo de la inmigración musulmana”, elabora Capoccia.

Crimen e inmigración

El mapa de la derecha extrema en Europa se compone sobre la base de esas especificidades y del normal subir y bajar de cualquier partido. Como explica Alexandre Afonso, profesor de la Universidad de Leiden, cuando cobran protagonismo “los temas que la derecha radical posee, estos partidos crecen”. Esos temas son los que enarbolan con frecuencia, como el crimen o la inmigración.

“La clase media, con las clases populares dentro, ha sufrido un deterioro paulatino”, prosigue Guilluy. “Primero los obreros, lue-

go los agricultores, después los empleados. Es una desestabilización que ha derivado en desposesión. Desposesión, por ejemplo, de lugares. Estas categorías ya no tienen acceso a las grandes urbes, los lugares que crean empleo y riqueza, lo que llamó la ciudadanía. Se ha generado un choque social, cultural y político. Es la Suecia periférica la que vota para la ultraderecha, no Estocolmo”, dice el autor, que tiene previsto publicar el día 19 un libro sobre la materia (*Les dépossédés*, los desposeídos, Flammarion).

En esa dinámica, amplios sectores de la sociedad son sensibles a una llamada nostálgica, recuerdo de otro tiempo que no era necesariamente más próspero, aunque muchos sienten que lo era, y que coincidía con mayor crecimiento económico, menos extranjeros y mayor control nacional.

Dentro de ese marco desempeña un papel importante el factor identitario. El nacionalismo se asienta en elementos culturales, religiosos, tradicionales y étnicos. Hay una auténtica carrera en el uso de esas palancas. “Grandes partidos tradicionalmente conservadores moderados han mutado en nacionalistas. El Partido Repu-

La metodología empleada en el análisis

Los datos de resultados de elecciones y composiciones de gobiernos proceden de la base de datos de la web ParlGov. Para este análisis se han tenido en cuenta una treintena de países europeos, los que componen la Unión Europea a excepción de Chipre, además del Reino Unido, Suiza, Noruega e Islandia. La lista de partidos clasificados como “extrema derecha” proviene de PopuList.

Para calcular el apoyo en cada momento se ha considerado, fecha por fecha, el electorado de cada país y el porcentaje de voto en las elecciones más recientes. Para obtener un porcentaje único a nivel europeo se ha calculado un electorado total y contado el porcentaje de votantes que representan los apoyos a la suma de la extrema derecha.

blicano de EE UU es el máximo ejemplo, al haber sido conquistado por su ala radical, nacionalista y al borde del supremacismo blanco”, comenta Capoccia.

Esa mezcla —nacionalismo, identidad, nostalgia— conforma un inextricable conjunto de elementos que ejerce una atracción transversal en muchos países, a veces con especial intensidad en las clases menos prósperas, con menores niveles de educación y con situaciones periféricas.

En las presidenciales francesas, Marine Le Pen perdió por dos a uno el voto de las clases medias-altas, pero ganó entre las rentas bajas (56% a 44% contra el centrista Emmanuel Macron). A la líder de ultraderecha le votó solo el 23% de los ejecutivos, pero más del 64% de los parados y de los obreros.

Italia repitió ese patrón el pasado domingo, como reflejan los datos de un estudio de Ipsos. Aunque las fuerzas del ámbito de la ultraderecha (Hermanos de Italia y La Liga) tuvo amplio apoyo, se destacó en ciertos colectivos: clases laborales obreras, personas con menos instrucción, rentas medias-bajas. “Es innegable que hay una brecha entre las grandes

ciudades mundializadas, con sus ciudadanos con alto nivel de formación, recursos, capacidad de moverse en el mercado del trabajo, incluso internacional, y periferias menos conectadas con estas redes internacionales. Esto se refleja en el voto”, dice Capoccia.

En España, el patrón de Vox es también relevante: el partido de Santiago Abascal exhibe una transversalidad por rentas. En Andalucía y Castilla y León, logró este mismo año casi los mismos votos entre personas de rentas bajas, medias y altas, al contrario que su competidor en la derecha, el Partido Popular, con más apoyo entre los más acomodados.

Distintas canalizaciones

La contestación no solo se canaliza en voto a la ultraderecha. “Es una contestación multiforme. Puede ser extrema derecha o Brexit en el Reino Unido, pero también *chalecos amarillos* en Francia o Movimiento Cinco Estrellas en Italia. La gente utiliza lo que hay en el mercado para expresar su cólera”, dice Guilluy.

En Francia, no solo Marine Le Pen tuvo extraordinarios resultados: también los tuvo el izquierdista con aroma nacionalpopulista Jean-Luc Mélenchon, quien prometía sobreponerse a los tratados europeos en caso de que se interpusieran en sus planes. Le Pen, Mélenchon y el ultra Éric Zemmour sumaron un 52% en la primera ronda de las presidenciales.

En otros casos, se asiste a un fenómeno de radicalización de partidos conservadores como el caso de los republicanos de Estados Unidos en la era Trump, o los conservadores británicos en la era Brexit. La pulsión nostálgica también ha sido un activo. En 2016, el 80% de los votantes de Trump pensaban que hace 50 años las cosas estaban mejor, pero muy pocos votantes de Clinton decían lo mismo.

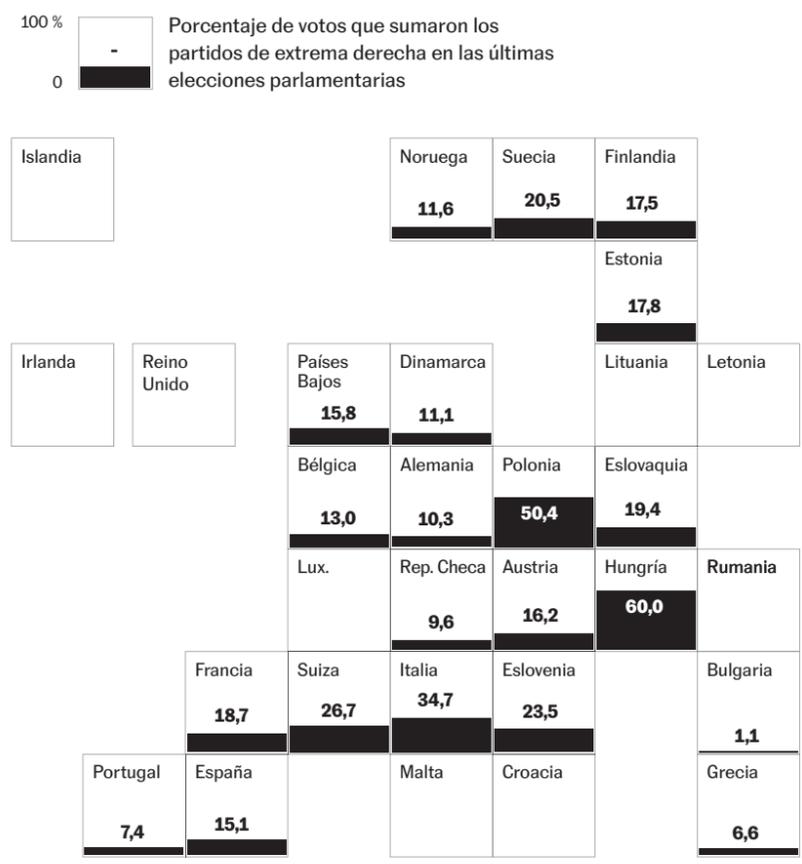
En paralelo a este auge, se observa la erosión de los grandes partidos tradicionales socialdemócratas y populares, y un descontento reflejado en el abstencionismo, con tasas récord en Francia o Italia. Además, como señala Capoccia, la globalización ha tenido la virtud de “sacar de la pobreza a una parte importante de las clases bajas a nivel mundial, pero ha reducido la renta de clases medias en Occidente, mientras una minúscula parte de ultrarricos ha logrado un enriquecimiento descomunal”.

Votos a la extrema derecha en Europa

Porcentaje del electorado que ha votado a un partido de ese grupo en las elecciones parlamentarias de su país



El mapa de las fuerzas en cada país



Fuente: Resultados electorales de ParlGov, clasificación ideológica de los partidos de extrema derecha por The PopuList (2019).

Garzón, Ione Belarra, Pablo Echenique... seguro que a Italia no le irá peor con Meloni y Matteo Salvini”. Dicen los toreros que más cornadas da el hambre, hasta que un *miura* les rasga la femoral. Los populismos de izquierdas y los nacionalismos son corrosivos, pero hoy no plantean una sociedad sin oposición ni libertades. Podrán imponer “medidas fachas”, como dice Savater, que serían el hambre del dicho taurino, pero no empujando el Estado democrático, como sí lo hacen Meloni, Salvini y sus amigos (las cornadas reales). Equiparar a unos y a otros es un favor para estos últimos. Cada vez que alguien les quita

hierro, avanzan unos metros más y se naturaliza lo aberrante. Escriben Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes en *Ellos, los fascistas: la banalización del fascismo y la crisis de la democracia* (de próxima aparición) que una de las consecuencias del auge de las derechas radicales es la influencia que ejercen sobre los conservadores y los liberales, que se abisman en crisis graves cuando empiezan a perder votantes. Esto no solo ha llevado a muchos partidos grandes de intachable reputación democrática a elevar el tono para competir, sino a que incorporen a su ideario asuntos y posturas ajenos a

Renunciar a señalar el autoritarismo e incluso bromear es una actitud muy poco savateriana

sus principios. Lo cuenta muy bien Anne Applebaum en *El ocaso de la democracia*, unas memorias parciales camufladas de ensayo político en las que la autora cuenta cómo muchos de sus amigos y compañeros de viaje conservadores y liberales se han transformado en monstruos, tal vez no fascistas, pero

sí algo muy parecido, casi indistinguible. Los discursos antiliberales de las derechas extremas lo tendrían mucho más difícil si las posiciones conservadoras y liberales no flaqueasen y si sus intelectuales los discutieran con la misma firmeza con que han discutido siempre a otras amenazas. La obra y el ejemplo político y vital de Fernando Savater contienen un arsenal de armas letales contra las Meloni de Europa. Sin un pensador como él enfrente, tienen el horizonte despejado. En su última columna vuelve con habilidad uno de sus argumentos (“todo el mundo tiene derecho a gobernar”) contra quienes vivi-

mos en vilo. Por supuesto que la democracia, como bien ha expresado tantas veces, consiste en convivir con el otro, por feo e insoportable que nos resulte. Pero es precisamente quien forma un gobierno con el lema “Dios, patria y familia” el que necesita esa lección de educación para la ciudadanía, no los que ya estamos convencidos de que hay que convivir con Meloni y con los fascistas, lo que implica aceptar su gobierno cuando ganan. Aceptarlo es una cosa, pero encogerse de hombros y renunciar a disentir, a señalar el autoritarismo e incluso a bromear es una actitud muy poco savateriana. Sus lectores y admiradores no aprendimos eso.